

el amor debido á V. M. y el cumplimiento de sus mas sagrados deberes.

Dios Nuestro Señor guarde la importante vida de V. M. muchos años.

Cartagena de Indias, 18 de Octubre de 1819.

Señor A. L. R. P. de V. M.

GABRIEL DE TORREZ

*(Audiencia de Santa Fé.—Expediente é instancias de partes.
Años 1817 a 1821.—Estante 117. Cajón 6. Legajo 17.*

UN BUEN PASTOR

Han venido festejándose en la capital del Tolima las bodas de plata de la ordenación sacerdotal del Ilmo. señor doctor don Ismael Perdomo, con singular regocijo por parte de sacerdotes y demás habitantes de Ibagué. Todos, a medida de sus fuerzas, han dedicado su homenaje al eximio pastor de las almas, grande por sus obras, y con todo, mayor por el corazón y por la virtud que por la inteligencia y el saber.

Discípulo de Jesús, revela en su persona la perfección y grandeza del Maestro, como reflejan los planetas la luz que reciben del sol. ¿Qué diremos de sus obras, inspiradas por el divino restaurador del hombre, si en las de insignes maestros se descubre la huella radiante de los genios iluminados de remotas edades? Porque ¿quién no adivina, por ejemplo, en el Dante, la inspiración varia de las imágenes con que el poeta manutano superó a la antigua literatura helénica; en santo Tomás de Aquino, las profundidades del Estagirita; en san Agustín, las excelsitudes del genio de Platón?

Maravillosa virtud la del magisterio de la Iglesia católica que estimula el ejercicio de las más sublimes vir-

tudes, desde la heroicidad con que los mártires enrojecieron las arenas del Coliseo romano, hasta el último pensamiento caritativo que se esconde en las reconditeces de la conciencia o el buen deseo que germina en las oscuridades del corazón. Maravillosa virtud que ha puesto el centro de todo lo bueno, hacia el cual rota la belleza de la creación, en la virtud del amor.

Nada podemos añadir a lo que todos saben del señor obispo. Sus virtudes son flores, aún salpicadas de rocío, y su fama lleva a todos los ámbitos del país el perfume de las prendas de su alma, tallada, permítasenos la expresión, en las canteras del amor divino. Se le admira por su talento y conocimientos, se le ama por su bondad, porque nada de lo humano es extraño para él. Sabe practicar fielmente la doctrina de Jesús enseñada al principio del sermón de la montaña: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.» ¿De qué manera? «Como señores de sí mismos» nos responde a continuación la doctrina cristiana enseñada en el catecismo. La mayor felicidad del hombre consiste en la posesión de lo que más ama; y el afecto con que nos amamos a nosotros mismos es el mayor de nuestro corazón. Pero el que es manso no es dueño solamente de sí mismo, sino que se apodera de las ajenas voluntades. El hombre de voluntad constante puede libertarse de todas las imposiciones y de todos los yugos, menos de las imposiciones y de los yugos impuestos por la humildad y la dulzura. El señor obispo se ha adueñado de las voluntades de los demás hombres enjugando las lágrimas del triste, auxiliando al menesteroso, defendiendo la justicia perseguida, vistiendo al desnudo, aconsejando como padre bondadoso al que pide sus luces. Nadie se separa de su lado sin llevar, a lo menos, en las heridas del alma, abiertas por el infortunio y el desencanto, el bálsamo cicatrizador.

Príncipe excelso de la Iglesia, porque servir a Dios es reinar, enseña la perfección eclesiástica más con el ejemplo que con las palabras. El mismo Evangelio que predicó un día Pablo de Tarso bajo los elocuentes mármoles del Areópago y que imprimió a la sabiduría helénica la doctrina moral de Jesucristo, es el que hoy enseña el verdadero sucesor de los apóstoles.

Como contra una roca van a estrellarse a 'sus pies' la avaricia asfixiante; la soberbia que nos ahoga; el clamoroso grito del odio y de la envidia, que nos ensordece. En cambio allí se encuentra el refugio de las más preciosas virtudes: pobreza evangélica; humildad cristiana; afecto sincero; consuelo en el dolor y el consejo acertado no aprendido en libros, sino al pie de Jesús crucificado o delante del sagrario, en medio del hondo silencio de la noche, cuando el alma oye la voz del Maestro que le dice desde el fondo del altar palabras no escuchadas en medio del bullicio del mundo. Sólo allí se encuentra la verdadera consolación, y sólo allí la buscan las almas ardorosas de los buenos cristianos, como única fuente de ternezas, porque, al fin y al cabo, como que el dolor no puede abandonar al hombre; es su precursor y es su compañero y es el legado que deja cuando muere: por esto no ha podido desterrarse el sufrimiento de la casa obispa. El desempeño del ministerio es duro; la caridad munifica ocasiona, ciertamente, escaseces; hay que sobrellevar allí las asperezas del prójimo; el desvelo por defender a los pueblos del oculto dominio de los vicios y del error y de los fanatismos, es constante. ¡Quién sabe cuántas ingratitudes y cuántos desaciertos ha sabido sufrir su caridad apostólica! El verdadero mérito de los servidores de Cristo, sólo El puede medirlo y recompensarlo.

¿Qué decir de su predicación? La palabra del pastor hace recordar la homilía, género predilecto de los anti-

guos padres de la Iglesia, difícil, por su misma aparente facilidad, menos para quienes han profundizado los arcanos de la Escritura sagrada en largos años de oración y de estudio. El Evangelio así predicado, sin atavíos que nos oculten su sencilla sublimidad, con la palabra suave y elevada, inspirada en la caridad y en la delicadeza, cae en las almas indulgente y apasible como cae la pálida luz de los crepúsculos sobre el verdor de las colinas.

Hoy que los tolimenses ciñen guirnalda de flores a la frente de su obispo, como rodea la mañana de rosadas nubes la cimera del nevado del Tolima, es el día oportuno para felicitar al pueblo que tiene tal pastor.

RAMÓN ZAPATA O.

M. A. del Colegio del Rosario.

LA LEVA

I

Enfrente de la habitación en que escribo estas líneas hay un casucho de miserable aspecto. Este casucho tiene tres pisos. El primero se adivina por tres angostísimas ventanas abiertas a la calle. Nunca he podido conocer los seres que viven en él. El segundo tiene un desmantelado balcón que se extiende por todo el ancho de la fachada. El tercero le componen dos buhardillones independientes entre sí. En el de mi derecha vive, digo mal, vivía hace pocos días, un matrimonio, joven aún, con algunos hijos de corta edad. El marido era bizco, de escasa talla, cetrino, de ruda y alborotada cabellera; gastaba ordinariamente una elástica verde remendada y unos pantalones pardos, rígidos, indomables ya por los remiendos y la mugre. Llamábanle de mote el *Tuerto*. La mujer no es bizca como su marido, ni morena; pero